

San Vicente Ferrer

5 de abril

Vicente Ferrer nació en Valencia el 23 de enero de 1350. La casa natalicia de Vicente distaba muy poco del real convento de predicadores, donde los hijos de santo Domingo de Guzmán (padres dominicos) se habían establecido por singular gracia del rey Jaime el Conquistador, recién ganadas para la fe las tierras de Valencia.

El gran prestigio que siempre tuvieron en aquella capital los frailes predicadores, el contacto habitual que Vicente debió de tener con ellos desde su niñez y el interior llamamiento de Dios determinaron en él la resolución de vestir el hábito blanco y negro de los dominicos. Tal suceso tuvo lugar en el vecino real convento de predicadores el 5 de febrero de 1367, y el día 6 del mismo mes del año siguiente emitió los votos de su profesión religiosa.

A los veinte años era ya profesor de Lógica. En 1376 le vemos estudiando teología en Toulouse, en cuya universidad, de reciente creación, los profesores dominicos le ilustraron en la ciencia teológica dentro de los cánones del más depurado tomismo. Allí permaneció dos años. Tras su sólida formación teológica, Vicente regresó a Valencia, donde inmediatamente se dedicó a la enseñanza de la teología.

Por otra parte, fue un gran predicador. Murió en plena actividad misionera el 5 de abril del año 1419, miércoles de Ceniza. Fueron tantos los milagros realizados por Dios a través de él y fue tan grande su fama que el papa lo declaró santo, en 1455, a los 36 años de haber muerto.

LECTIO

Primera lectura: Apocalipsis 14,6-7

⁶ Y vi otro ángel que volaba por lo más alto del cielo. Tenía un mensaje irrevocable que anunciar a los moradores de la tierra: a todas las naciones, razas, lenguas y pueblos. ⁷ Decía con voz potente: «Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adorad al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales de agua».

➔ La palabra «*apocalipsis*» es la transcripción de un término griego que significa «revelación»; todo apocalipsis supone, pues, una revelación hecha por Dios a los hombres sobre cosas ocultas y sólo por él conocidas, en especial de cosas referentes al futuro. De ahí que en este pasaje se anuncie que, antes de la ejecución de las venganzas divinas, vendrán unos ángeles a invitar a los impíos perseguidores al arrepentimiento, anunciando la hora del juicio. De ahí que Vicente Ferrer predicará frecuentemente: «*Temed a Dios y dadle gloria*». El temor de Dios propugnado por Vicente, sin embargo, no era ese que surge de la raíz amarga del miedo, sino el que nace del amor filial. Era el temor de la reverencia y no el del servilismo pavoroso.

Evangelio: Mateo 28,16-20

En aquel tiempo, ¹⁶ los once discípulos fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había citado. ¹⁷ Al verlo, lo adoraron; ellos, que habían dudado. ¹⁸ Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras:

–Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra. ¹⁹ Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ²⁰ enseñándoles a poner en obra todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo.

➔ Las últimas palabras de este pasaje evangélico son esclarecedoras: hay que poner en obra todo lo que Jesús nos ha mandado. Fundamentalmente, que Jesús no ha venido sólo a *llamar* a los justos (como si hubiera justos antes de él y sin él), sino que ha venido a *hacer* justos. Y esto teniendo en cuenta que «*yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin de este mundo*». Es una coincidencia providencial que en la Carta a los Romanos esta enseñanza de Cristo haya encontrado en Pablo su plena formulación cuando manifiesta con toda claridad que la infidelidad de los hombres no puede hacer vanas las promesas de Dios (cf. Rom 3,9-11).

MEDITATIO

Los padres de Vicente le inculcaron desde muy pequeño una fervorosa devoción a Jesucristo y a la Virgen María y un gran amor hacia los pobres. Ya desde pequeño le encargaron repartir a diario las cuantiosas limosnas que la familia acostumbraba dar a los necesitados. De esta manera, hicieron que le gustara dar limosna a los indigentes. Asimismo, le enseñaron a hacer una mortificación personal cada viernes, en recuerdo de la pasión de Cristo, y cada sábado, en honor de la Virgen Santísima. Estas costumbres las ejercitó Vicente durante toda su vida.

Además, Vicente fue un verdadero ángel de la paz en su época. Estaba muy angustiado porque la Iglesia católica se encontraba dividida y llegó a tener simultáneamente tres papas, por lo que había muchísima desunión entre los cristianos bajo la obediencia de Urbano VI, Clemente VII y Benedicto XIII. Se esforzó hasta solucionar el cisma de Occidente (1378). De tanto afán y sufrimiento por buscar la unión en la Iglesia, llegó a enfermar y estuvo a punto de morir.

Antes de predicar permanecía rezando durante cinco o más horas para pedir a Dios la eficacia de la palabra y conseguir que sus oyentes se convirtieran al oírle. Dormía en el puro suelo, ayunaba frecuentemente y se trasladaba a pie de una ciudad a otra (los últimos años enfermó de una pierna y se trasladaba cabalgando en un asno). Su predicación conmovía hasta a los más fríos e indiferentes. Su poderosa voz llegaba hasta lo más profundo del alma. En pleno sermón se oían gritos de pecadores pidiendo perdón a Dios: gentes que siempre se habían odiado, hacían las paces y se abrazaban. Pecadores endurecidos en sus vicios pedían confesores.

Vicente condenaba sin miedo las malas costumbres. Invitaba incesantemente a recibir los santos sacramentos de la confesión y de la comunión. Insistía en la grave obligación de cumplir el mandamiento de santificar las fiestas. Insistía en la gravedad del pecado, en la proximidad de la muerte, en la severidad del juicio final de Dios y del cielo y del infierno que nos esperan. Y lo hacía con tanta emoción que frecuentemente tenía que suspender durante varios minutos su sermón porque el griterío del pueblo pidiendo perdón a Dios era inmenso.

Pero el tema en el que más insistía era el juicio de Dios que espera a todo pecador. Le llamaban «el ángel del Apocalipsis», porque continuamente recordaba a las gentes lo que el libro del Apocalipsis enseña acerca del juicio final que nos espera a todos. Él repetía sin cansarse este aviso de Jesús: *«Estoy a punto de llegar con mi recompensa y voy a dar a cada uno según sus obras»* (Ap 22,12). Hasta los más pecadores y alejados de la religión se conmovían al oírle anunciar el juicio final, donde *«los que hicieron el bien resucitarán para la vida eterna, pero los que hicieron el mal resucitarán para su condenación»* (Jn 5,29).

En los últimos años, lleno de enfermedades, le tenían que ayudar a subir al sitio o estrado donde iba a predicar. Pero, apenas empezaba la predicación se transformaba,

se le olvidaban sus enfermedades y enseñaba con el fervor y la emoción de sus primeros años. Durante el sermón no parecía viejo ni enfermo sino lleno de juventud y entusiasmo, un entusiasmo que era contagioso.

ORATIO

Dios todopoderoso, tú que elegiste a san Vicente Ferrer ministro de la predicación evangélica, concédenos la gracia de ver glorioso en el cielo a nuestro Señor Jesucristo, cuya venida a este mundo, como juez, anunció san Vicente en su predicación.

CONTEMPLATIO

La figura de Vicente, junto con los sacerdotes confesores que le acompañaban en sus predicaciones, orando y sacrificándose para que su predicación fuera efectiva y consiguiera los frutos de la conversión, la debemos tener presente todos los cristianos. Una predicación sin oración previa puede hacer inútiles las palabras predicadas. En Vicente hemos de contemplar no sólo a quien señala el camino, sino a quien camina personalmente para alcanzar su personal vida eterna.

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra del Señor:
«*Poned en obra todo lo que os he mandado*» (Mt 18,20).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En la predicación y exhortación debes usar un lenguaje sencillo y un estilo familiar, bajando a los detalles concretos. Utiliza

ejemplos, todos los que puedas, para que cualquier pecador se vea retratado en la exposición que haces de su pecado; pero de tal manera que no des la impresión de soberbia o indignación, sino que lo haces llevado por la caridad y espíritu paternal, como un padre que se compadece de sus hijos cuando los ve en pecado o gravemente enfermos o cuando han caído en un hoyo, esforzándose por sacarlos del peligro y acariciándoles como una madre. Hazlo alegrándote del bien que obtendrán los pecadores y del cielo que les espera si se convierten.

Este modo de hablar puede ser de gran utilidad para el auditorio. Hablar en abstracto de las virtudes y los vicios no produce impacto en los oyentes.

En el confesionario, debes mostrar igualmente sentimientos de caridad, lo mismo si tienes que animar a los pusilánimes que si tienes que amenazar a los contumaces; el pecador ha de sentir siempre que tus palabras proceden exclusivamente de tu caridad. Las palabras caritativas han de preceder siempre a las recomendaciones punzantes.

Si quieres ser útil a las almas de tus prójimos, recurre primero a Dios de todo corazón y pídele con sencillez que te conceda esa caridad, suma de todas las virtudes y la mejor garantía de éxito en tus actividades (*Tratado de san Vicente Ferrer, presbítero, sobre la vida espiritual*, capítulo 13, Edición Garganta-Forcada, 513-514).

San Juan Bautista de la Salle

7 de abril

Nació en Reims, en el seno de una familia burguesa, el año 1651. Empezó pronto la carrera eclesiástica: a los dieciséis años era canónigo de la catedral, a los veintisiete fue ordenado sacerdote y a los veintiocho alcanzó el doctorado en Teología en París. Se vio llevado, en virtud de circunstancias imprevistas, a trabajar con maestros comprometidos en abrir escuelas populares para los niños pobres. Esto le llevó a crear el instituto laical de los «hermanos de las escuelas cristianas» y a escribir para ellos y para los alumnos obras originales de formación pedagógica y espiritual. Fue un hombre de vigorosa piedad y de fina intuición educativa.

Ha sido uno de los máximos pioneros de la educación popular moderna. Murió en 1719. Fue canonizado en 1900 y proclamado «patrono universal de los educadores» por Pío XII en 1950.

LECTIO

Primera lectura: Eclesiástico 39,6-14

⁶ Si el Altísimo lo quiere,
llenará al justo de espíritu de inteligencia,
le hará derramar sabias palabras
y en la oración dará gracias al Señor.

⁷ Dedicará su consejo y su ciencia
a meditar los misterios ocultos.

⁸ Hará brillar la instrucción que ha recibido,
y su orgullo será la Ley de la alianza del Señor.

⁹ Muchos elogiarán su inteligencia
y nunca lo olvidarán.
No se borrará su memoria,
su nombre vivirá por generaciones.

¹⁰ Las naciones hablarán de su sabiduría
y la asamblea proclamará su alabanza.

¹¹ Mientras viva, será famoso entre mil
y, cuando muera, esto le bastará.

¹² Quiero aún compartir mis reflexiones,
de las que estoy repleto como luna llena.

¹³ Escuchadme, hijos piadosos, y creed
como rosal plantado a la vera del arroyo.

¹⁴ Como incienso derramad buen olor,
floreced como lirio,
difundid fragancia, entonad un canto
y, por todas sus obras, bendecid al Señor.

➔ El fragmento que hemos leído –bastante típico de la literatura sapiencial judía tardía– hace el elogio del escriba, es decir, del hombre sabio y justo que tiene la tarea de conservar las Escrituras, interpretar su sentido y enseñar al pueblo con su doctrina. Se recuerdan aquí los rasgos carismáticos del maestro de la ley: su *corazón* está dirigido al Altísimo, su *boca* se abre a la oración de alabanza y de imploración, su *inteligencia* pensativa penetra los misterios de Dios, y por eso las discretas *palabras* de su enseñanza tendrán siempre un amplio auditorio. A continuación, más allá de su persona, el eco de su enseñanza se mantendrá vivo en la memoria de las generaciones futuras: el que, como testigo y garante de la Palabra, ha sabido indicar a otros la lección preciosa, se volverá él mismo «palabra eficaz», destinada a ser recordada en el tiempo. Y muchos, después de él, «*elogiarán su inteligencia*» (v. 9).

Evangelio: Mateo 18,1-5

¹ En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús y le dijeron:

–¿Quién es el más importante en el Reino de los Cielos?

² Él llamó a un niño, lo puso en medio de ellos ³ y dijo:

–Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como los niños no entraréis en el Reino de los Cielos. ⁴ El que se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos.

⁵ El que acoge a un niño como éste en mi nombre, a mí me acoge.

➔ Jesús pone al niño como metro de medida para entrar en el Reino. Volver a ser pequeños y últimos es una condición para ser dignos del Reino de los Cielos. La nueva escala de valores introducida por Jesús es muy paradójica, si no absurda. Desde el punto de vista humano, ningún adulto quiere volver a ser niño, porque eso significaría regreso, involución, anulación de las experiencias adquiridas. El niño, en todas las culturas, incluida la judía, no es valorado en gran medida por lo que es, sino que es amado y atendido por lo que será. También Jesús y la gente de su tiempo pensaban así.

Sin embargo, para poder acoger el Reino, no cuentan las seguridades doctrinales, ni tampoco la impecabilidad moral de quien –como patrono o controlador del sistema– se crea maestro en Israel, sino que es mejor la sencillez indefensa de los niños y de cuantos, aunque adultos, se hacen disponibles a lo Inesperado y siempre sorprendente del Reino que viene.

MEDITATIO

Los cristianos se han referido en todos los tiempos a Jesús como modelo de educador no porque el Maestro de Nazaret haya dejado una pedagogía y una didáctica

sagrada, evidentemente, sino porque en él han reconocido –como recuerda san Pablo– el acto supremo de la «pedagogía de Dios», la encarnación misma «*de la educación y de la disciplina del Señor*» (Ef 6,4). El padre De la Salle, como otros educadores cristianos y tal vez más que cualquier otro, pone al *Cristo maestro* en el centro de su espiritualidad.

Todos sus escritos respiran un fuerte cristocentrismo: «La misión educativa que ejercéis os hace embajadores de Cristo»; «Vosotros sois sus colaboradores en la obra de la salvación»; «Estudiad y haced estudiar las máximas evangélicas pronunciadas por el mismo Jesús»; «Descubrid, leyendo el evangelio, el modo y los medios de los que se valió Jesús para inducir a los discípulos en la práctica de las verdades que predicaba». El padre De la Salle no cesa de insistir en el deber personal del estudio y de la meditación de la Escritura (lo cual, en un clima de Contrarreforma, no era poco) y pone como una obligación para sus educadores asumir la Biblia –en particular las máximas del evangelio– como apoyo de toda la enseñanza catequética.

El tema de *Jesús salvador*, así como el de la *historia de la salvación* y el de la *Iglesia mediadora de salvación*, son centrales en la visión teológica del santo cuya memoria celebramos hoy. Dieciséis de sus meditaciones escritas sobre la misión del educador cristiano parten del plano divino de la salvación e interpretan el servicio del educador cristiano como la prolongación histórica de la única mediación de Cristo.

ORATIO

Te puedo adorar en cualquier lugar, oh Dios mío, dado que el cielo y la tierra están llenos de tu presencia. Soy criatura tuya y, en cualquier lugar en el que pueda

encontrarme, reconozco tu infinita grandeza y soberana majestad. Me siento nada ante ti, que eres infinitamente perfecto; sin embargo, hazme espacio, te lo ruego, dentro de tu presencia, que me envuelve. Te sé y te reconozco presente en este lugar, oh Dios mío, en este espacio sagrado, todavía más santo por tu presencia.

Te adoro en este lugar como si fuera tu templo y tu santuario; tú lo haces todo santo, porque lo conviertes en tu morada misteriosa. También aquí te adoran los ángeles, que te adoran por doquier en el universo; también aquí es justo que te adore yo, miserable, pero que sigo siendo siempre tu criatura. Me uno a ellos para someter todo mi ser a tu majestad: tengo confianza en que mis alabanzas, unidas a las de los ángeles, te serán más agradables (Juan Bautista de la Salle, «Atto di adorazione del Santo per mettersi alla presenza di Dio», en *íd.*, *Explication de la méthode d'oraison* I, IV, 2).

CONTEMPLATIO

Considera a los pobres que ves a tu alrededor como el tesoro más vivo de la Iglesia, como lo más rico, lo más importante que hay en la Iglesia. Los pobres son en la Iglesia la prolongación del mismo Cristo.

Al final de toda acción, y sobre todo por la noche, Dios quiere saber de tus labios cómo te has desenvuelto en la obra apostólica. Intenta recogerte interiormente y examinarte ante Dios, dispuesto a rendirle cuentas de lo que has hecho. No esperes para dar cuentas al final de la vida.

Si queréis oír a Dios, hablad poco y obrad mucho. Mucho silencio, mucha humildad y mucha oración: éste es el compromiso que Dios quiere de vosotros.

Es triste constatar que muchos cristianos, creados para el cielo y comprometidos en el bautismo a llevar una

vida santa según el modelo de Cristo, olviden con tanta ligereza el don vivo de Cristo, su cuerpo y su sangre.

No basta con adorar la cruz de Cristo: debes llevarla. No busques la cruz lejos de ti: está siempre a tu lado. No digas que tu cruz es demasiado pesada: él nunca te carga por encima de tus fuerzas.

Qué felicidad encontrarse reunidos entre hermanos, juntos en la oración comunitaria, juntos en el servicio apostólico, y estar seguros de que Cristo se encuentra en medio de nosotros y de que se encuentra verdaderamente para comunicarnos su Espíritu, para consolidar nuestros corazones, para dirigir nuestras acciones, para reforzar nuestro testimonio de su Evangelio.

Para enseñar, sentíos obligados a saber. Pero persuadíos de que os instruiréis bastante mejor meditando sobre el Evangelio que sabiéndolo de memoria (de los escritos de san Juan Bautista de la Salle: *Cartas, Regla, Meditaciones, Guía de las escuelas, Deberes del cristiano*).

ACTIO

Repita con frecuencia y medita la invocación que san Juan Bautista de la Salle repitió en su lecho de muerte:

«Adoro en cada cosa la voluntad de Dios respecto a mí».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

San Juan Bautista de la Salle no ha inspirado nunca una devoción popular comparable a la que los cristianos manifiestan por Francisco de Asís, Antonio de Padua o Teresa de Lisieux. Sin embargo, fue en su tiempo inventor de geniales iniciativas pedagógicas: democratizó la escuela cuando los Estados no tenían todavía un sistema educativo; creó centros de formación para los profesores; experimentó métodos y técnicas de enseñanza moderna; anticipó la enseñanza profesional en vísperas de la

revolución industrial; fundó una congregación exclusivamente laical de religiosos profesores, difundida hoy en más de ochenta países... Es un santo que tiene un sitio indiscutible en la historia de la pedagogía mundial; sin embargo, de manera extraña, ha quedado casi en la penumbra en el aprecio y en la devoción del mundo cristiano. Será que, un poco a la vez, gran parte de sus intuiciones se han convertido en patrimonio adquirido e indiscutible de la tradición occidental [...].

¿Cómo puede, pues, interesar a los cristianos del siglo XXI la espiritualidad de san Juan Bautista de la Salle? Él, justamente como nosotros, no fue testigo de visiones deslumbrantes, ni oyó voces divinas hablándole desde el cielo. Al contrario: como nosotros, escuchó a la gente, vio las necesidades de todo tipo, sintió compasión por los más necesitados y pidió luz al Espíritu. La sociedad francesa de su tiempo despreciaba la enseñanza dispensada en las escuelas de la caridad y reservaba este cargo a los que no eran capaces de desempeñar otro oficio. A pesar de las encarnizadas resistencias de sus familiares y hasta del clero, Juan Bautista, miembro de una familia distinguida, no sólo creó en torno a él una comunidad de maestros-educadores para ayudar a los pobres, sino que renunció a su fortuna y a su rango a fin de vivir como ellos.

Y supo mantenerse firme en su proyecto, lo que le costó un coraje heroico y una fe sin límites. Mostró con la vida –y lo fue repitiendo también en numerosos escritos espirituales– que seguir el Evangelio en las ocupaciones ordinarias, por muy modestas que sean, puede llevar al más elevado amor a Dios y a la santidad. Para él, vida espiritual y trabajo cotidiano no pueden ser separados: «No establezcáis ninguna distinción entre vuestros deberes religiosos y las obligaciones cotidianas». Mientras explicaba a sus hermanos cómo debían enseñar la Escritura a los alumnos, les mostraba cómo debían amarlos. Para él, toda actividad, con tal que sea realizada con espíritu de fe y de servicio, se vuelve oración. Por eso, también hoy la espiritualidad lasalliana es más que actual: puede ser vivida tanto en los lugares de trabajo como en las ocupaciones de casa, tanto en las aulas escolares como yendo de viaje (C. Koch, *Praying with John Baptist de la Salle*, Winona 1999, pp. 8ss).

San Anselmo

21 de abril

Anselmo nació en Aosta en el año 1033-1034 y, siendo muy joven, sintió la llamada a la vida monástica, pero su padre se opuso claramente. Al quedarse huérfano de madre, huyó de casa y en su vagabundeo llegó a Normandía. El encuentro con Lanfranco, prior de la abadía de Notre Dame du Bec, despertó en él el deseo del claustro. Tras abandonar el mundo, entró en esta abadía, de la que se convirtió en abad el año 1078. Éste fue el período más fecundo para su actividad intelectual, que hizo de él uno de los más insignes representantes de la teología medieval. En 1093 fue consagrado arzobispo de Canterbury y primado de Inglaterra: pasó trece años de durísimos enfrentamientos con el poder político, culminados con dos exilios. Murió el 21 de abril de 1109.

LECTIO

Primera lectura: Hechos 2,14.22b-24.32-36

En el día de Pentecostés, ¹⁴ Pedro, en pie con los Once, levantó la voz y declaró solemnemente:

–Judíos y habitantes todos de Jerusalén, fijaos bien en lo que pasa y prestad atención a mis palabras: Jesús de Nazaret fue el hombre a quien Dios acreditó ante vosotros con los milagros, prodigios y señales que realizó por medio de él entre vosotros, como bien sabéis. ²³ Dios lo entregó conforme al

plan que tenía previsto y determinado, pero vosotros, valiéndoos de los impíos, lo crucificasteis y lo matasteis. ²⁴ Dios, sin embargo, lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte, pues era imposible que ésta lo retuviera en su poder. ³² A este Jesús, Dios lo ha resucitado, y de ello somos testigos todos nosotros. ³³ El poder de Dios lo ha exaltado, y él, habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo prometido, lo ha derramado, como estáis viendo y oyendo. ³⁴ Porque David no subió a los cielos, pero él mismo dice:

*Dijo el Señor a mi señor:
Siéntate a mi derecha,
³⁵ hasta que ponga a tus enemigos
como estrado de tus pies.*

³⁶ Así pues, que todos los israelitas tengan la certeza de que Dios ha constituido Señor y Mesías a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis.

➡ Esta perícopa, síntesis del discurso de Pedro el día de Pentecostés, nos ofrece el primer ejemplo del *kerigma*, es decir, de la predicación apostólica primitiva centrada en el anuncio de Jesucristo crucificado y resucitado. *Jesús* es verdaderamente hombre, ha vivido y actuado en medio de nosotros; es el *Cristo*, el Mesías predicho por los profetas y enviado por Dios para establecer su Reino (v. 22). Su *muerte en la cruz* a causa de la maldad humana no ha supuesto el fracaso de su misión, sino que forma parte de un insondable designio de Dios (v. 23): que, precisamente a través de la cruz, *venciera* al pecado y a la muerte (v. 24). Éste es el anuncio salvífico que, con la fuerza del Espíritu, los apóstoles, testigos de la resurrección, estaban dispuestos a llevar hasta los confines de la tierra. Un anuncio increíble, hecho creíble por la vida transfigurada de cuantos lo transmiten.

Evangelio: Mateo 23,8-12

En aquel tiempo, se dirigió Jesús a la muchedumbre y a sus discípulos diciendo:

⁸ Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. ⁹ Ni llaméis a nadie padre vuestro en la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre: el del cielo. ¹⁰ Ni os dejéis llamar preceptores, porque uno sólo es vuestro preceptor: el Mesías. ¹¹ El mayor de vosotros será el que sirva a los demás. ¹² Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

➔ La enseñanza de los maestros de la Ley y de los fariseos era impura a causa de la hipocresía y la vanidad de su comportamiento (Mt 23,1-7). No debe ser así con los discípulos de Jesús, llamados a configurarse con él en la humildad y en el servicio (vv. 11 ss). Pretender conseguir títulos honoríficos que exaltan una sabiduría y una autoridad humanas está fuera de lugar en la comunidad cristiana, donde el único maestro es Cristo, siervo obediente, y el único Padre es el del cielo. La enseñanza y la autoridad son necesarias, pero han de ser ejercidas con corazón fraterno, con la conciencia de ser todos discípulos e hijos amados (vv. 8 ss). El verdadero título de merecimiento a los ojos de Dios es la humilde caridad, y el sitio más cercano al suyo es siempre el último.

MEDITATIO

Anselmo, nacido en Aosta, en un paisaje rodeado de relucientes montañas, llevó siempre en su corazón una profunda nostalgia de las alturas. Aunque fue elevado a los grados más altos de la jerarquía eclesiástica, siguió siendo inconfundiblemente monje, es decir, un pobre en busca del rostro de Dios, fascinado por ese misterio mayor que el cual no es posible pensar nada. Como pensador, filósofo y teólogo, estaba enamorado y sediento de la «Verdad», que, en Dios, coincide con la belleza y la bondad. Sabía bien que la única posibilidad de conocimiento se encuentra en el amor humilde. En sus pági-

nas, nacidas de la costumbre de tratar con la Palabra sagrada y la oración, se revela su corazón marcado por el arrepentimiento y anhelando siempre una comunión de vida más intensa con el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. Es precisamente el amor el que hace indagar a Anselmo en los misterios de la fe, que se convierten en su tormento y en su bienaventuranza. En esto ha sido y sigue siendo todavía hoy un verdadero maestro a quien debemos alcanzar y con el que podemos alimentar nuestro deseo de Dios.

ORATIO

Te ruego, Señor, que me hagas gustar a través del amor lo que gusto por medio del conocimiento; haz que sienta a través del afecto lo que siento por medio del intelecto [...]. Señor, atráeme por completo a tu amor. Mi corazón está ante ti, oh Señor; se esfuerza, pero no puede solo: te ruego que me suplas. Introdúceme en la celda de tu amor: te lo pido, te lo suplico, llamo a la puerta de tu corazón. Y tú, que me haces pedir, concédeme recibir. Tú, que me haces buscar, haz que te encuentre. Tú, que me exhortas a llamar, abre a quien llame. ¿A quién darás, si no das a quien te pide? ¿Quién encontrará si quien busca, busca inútilmente? ¿A quién darás, si no escuchas a quien te ruega? Alma mía, mantente unida a Dios incluso de manera inoportuna, y tú, Señor misericordioso, no la rechaces. Ella se consume de amor por ti: restáurala, confórtala, sáciala con tu tierno amor; que tu amor me posea totalmente, porque, con el Padre y con el Espíritu Santo, eres el único Dios bendito por los siglos de los siglos («Meditazione III sull'umana redenzione», en Anselmo de Cantorbery, *Orazioni e meditazioni*, Milán 1977, pp. 491ss [edición española: *Oraciones y meditaciones*, Ediciones Rialp, Madrid 1966]).

CONTEMPLATIO

Dios mío y Señor mío, esperanza mía y alegría de mi corazón, di a mi alma si ésta es la alegría de la que tú mismo, por boca de tu Hijo, hablas: «*Pedid y recibiréis, a fin de que vuestra alegría sea completa*». Realmente he encontrado una alegría completa y más que completa. Cuando esté lleno el corazón, llena la mente, llena el alma, lleno todo el hombre de esa alegría, de alegría avanzará aún sin medida. Así pues, no entrará toda esa alegría en los que la gozan, pero los que gozan entrarán todos ellos en la alegría.

Di, Señor, di a tu siervo en lo íntimo de su corazón si ésta es la alegría en la que entrarán tus siervos, los que entrarán en la «*alegría de su Señor*». Pero, ciertamente, «*ni el ojo ha visto nunca, ni la oreja ha oído nunca, ni el corazón humano ha probado*» nunca esa alegría de la que gozarán tus elegidos (Anselmo de Cantorbery, *Proslogion XXVI, passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y ora hoy con san Anselmo:

«*Señor, instruye mi corazón, enséñale dónde y cómo buscarte, dónde y cómo encontrarte*» (*Proslogion XIV, 16*).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La exigencia de la «pureza del corazón», de la «humilde obediencia frente a los testimonios de Dios», del «hacerse niños» y, sobre todo, de la práctica de una «fe sólida y de una virtud seria» es la antigua exigencia que Anselmo retoma. La experiencia de la vida se sitúa entre la fe y la confesión, y esta experiencia proporciona las únicas «alas espirituales» con las que «es posible sobrevolar las altísimas cuestiones de la fe», y

sin las cuales sólo es posible «precipitarse en una gran cantidad de errores» [...].

Tras haber dado algunos pasos en el misterio, Anselmo se detiene: «La reflexión ha comprendido que Dios es incomprendible» [...]. Anselmo estaba próximo a desistir, desesperado, de su esfuerzo, cuando lo que buscaba «se presentó» de improviso. En consecuencia, también el deseo natural de Dios se resuelve en la actitud cristiana de fe, amor y esperanza. De ahí brota la alegría por «la altísima belleza de Dios».

Cuánta alegría brota siempre al cabo de la fatiga de un itinerario apoyado todo él en el esfuerzo ascético, sin distracciones ni pausas. Ahora bien, no en vano emerge, inesperada, esta alegría precisamente allí donde se había desesperado de poder encontrar lo que se buscaba. Sin embargo, la alegría comunicada por la gracia de Dios no sólo no guarda ninguna proporción con el esfuerzo humano, sino que tampoco guarda ninguna proporción con la alegría prometida de la eterna visión del rostro de Dios (H.-U. von Balthasar, *Gloria*, Milán 1978, II, pp. 191ss [edición española: *Gloria, una estética teológica*, 7 vols., Encuentro, Madrid]).

San Jorge

23 de abril

Abundantes documentos arqueológicos y literarios atestiguan el culto antiquísimo y muy pronto difundido en todos los países de Oriente y de Occidente de san Jorge, a quien la tradición da el título de gran mártir (siglo IV). En Lydda, la actual Lod (Palestina), son visibles todavía los restos arqueológicos de la basílica del cementerio, probable construcción constantiniana. En todos los países cristianos han florecido relatos de la gesta del santo, elogios y celebraciones litúrgicas, panegíricos realizados a menudo por grandes nombres, como Andrés de Creta, Venancio Fortunato o Gregorio de Tours. La leyenda del soldado vencedor del dragón, símbolo de la superación de los sacrificios humanos, ha facilitado la difusión de su culto. La *Passio Georgii* fue clasificada entre las obras apócrifas por el *Decretum Gelasianum* del año 496.

LECTIO

Primera lectura: Santiago 1,2-4.12

² Considerad como gozo colmado, hermanos míos, el estar rodeados de pruebas de todo género. ³ Tened en cuenta que, al pasar por el crisol de la prueba, vuestra fe produce paciencia, ⁴ y la paciencia alcanzará su objetivo, de manera que seáis perfectos y cabales, sin deficiencia alguna.

¹² Dichoso el hombre que aguanta en la prueba, porque, una vez acrisolado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman.

➔ Este breve texto de la carta de Santiago nos ofrece normas prácticas de vida cristiana, especialmente en tiempos de pruebas y dificultades, para entrar en el plan de salvación de Dios. El motivo de la alegría es la prueba (cf. 1 Pe 1,6; Heb 12,6), y frutos de ésta son la perseverancia y una fidelidad probada (vv. 2-4). La prueba, en efecto, es buena cuando produce la paciencia, que, para el apóstol, es la verificación de la fe, esto es, la perseverancia activa, constante y animosa por el camino del bien y en la fe aceptada.

Ahora bien, la paciencia no es un fin en sí misma; al contrario, debe guiar al discípulo hacia la perfección, lejos de cualquier defecto o negligencia. A esta luz, la perfección de la vida cristiana es la fe del cristiano maduro, que vive abierto y disponible a Dios y sabe recibir de sus manos todo tipo de pruebas. Dios prueba a los que le pertenecen, en especial a los pobres, que deben vivir un cristianismo activo: no lamentarse en la prueba, orar para obtener la sabiduría, que es fe perseverante y confiada (cf. Mt 7,7; Mc 11,24; Jn 11,41).

Un ejemplo ideal de este comportamiento fue el de Abrahán, que supo soportar todo tipo de pruebas difíciles y fue ejemplo de fe perfecta para todas las generaciones (cf. Mt 5,48). Éste es el hombre feliz y sabio que, al cabo de la prueba, recibirá de Dios el premio prometido y «*la corona de la vida*» (v. 12).

Evangelio: Lucas 9,23-26

En aquel tiempo, Jesús ²³ se puso a decir a todo el pueblo:

–El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz de cada día y me siga. ²⁴ Porque

el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí, ése la salvará. ²⁵ Pues ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde o se arruina a sí mismo? ²⁶ Porque si uno se avergüenza de mí o de mi mensaje, el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga rodeado de su gloria, de la del Padre y de la de los santos ángeles.

➔ Las palabras que hemos escuchado refieren la primera profecía de la pasión en Lucas. Jesús preanuncia a los discípulos, que declaran su propia fe en Jesús, que el camino del discípulo es seguirle por la senda de la pasión emprendida por él mismo. Es el camino de la abnegación cotidiana, superando el miedo al sufrimiento y a la muerte.

Seguir a Jesús significa dar la vida, como él mismo la entregó por todos los hombres. Significa escuchar y vivir el mensaje del Reino y recorrer el sendero del amor que él nos ha trazado: perdonar siempre, amar al enemigo, permanecer disponible siempre al misterio de Dios, aun cuando esto no coincida con nuestros proyectos de vida e incluso ponga a dura prueba nuestra misma lógica.

El modo concreto que Jesús empleó para predicar el Evangelio fue practicarlo; el modo más coherente de hablar de la cruz es llevarla. «*El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz de cada día y me siga*» (v. 23). Seguirle cada día como verdaderos discípulos significa estar dispuestos al desprecio en la vida cotidiana y vivir como condenados a muerte por el mundo (cf. Rom 8,36).

Ahora bien, esta lógica, absurda según el mundo, tiene un reflejo de luz para el creyente: la resurrección, la vida eterna para vivir en plenitud, el mismo goce de Dios. Ha sido la muerte y resurrección de Cristo lo que ha abierto esta esperanza a todos los hombres.

MEDITATIO

El fragmento del evangelio de Lucas nos indica el camino del seguimiento y de la imitación de Cristo: renegar de nosotros mismos y tomar cada día nuestra propia cruz. La condición que pone Jesús a quien quiera seguirle es exigente y radical. Ahora bien, en realidad, el cristiano que «pierde» su propia vida por el Señor y su Evangelio es el que la encuentra, porque tiene parte en su resurrección, salva su vida para siempre y da mucho fruto. El mensaje del apóstol Santiago confirma también esta verdad: quien soporta la prueba es feliz y sabio, porque recibirá la «*corona de la vida*» de su Señor, por haber imitado su paciencia en la prueba aquí en la tierra. Por eso, el verdadero discípulo de Jesús considera como «*perfecta alegría*» las pruebas a las que le somete la vida cotidiana, porque éstas son las que le conducen a la santidad.

El mártir, perfecto imitador de Cristo, nos ofrece un ejemplo concreto: es alguien que ha elegido la verdadera vida amando al Señor, obedeciendo a su Palabra y manteniéndose unido a él. El coraje de recorrer cada día este camino siguiendo a Cristo y muriendo a nosotros mismos nos permitirá experimentar la inefable alegría de la resurrección, de salvarnos y de encontrar a Jesús en la plenitud de la vida.

ORATIO

Padre de eterna vida, que sostienes pródigo los destinos de la humanidad y acoges el sacrificio de quien es grande en el amor y fuerte en el testimonio, escucha mi oración que sube a ti en memoria del santo mártir san Jorge. Profeta de paz, de justicia y víctima en rescate de nuestro pecado, que haces pregonar tu celestial banque-

te a quien se ha hecho cordero sin mancha: a ejemplo del mártir san Jorge, hazme dispensador de tus dones e incansable apóstol de los pobres y de los indefensos. Espíritu de justicia, que has suscitado entre nosotros mártires fieles a la cruz e intrépidos apóstoles de la reconciliación, haz nacer en nosotros el deseo de un corazón fiel para defender a los que esperan en tu gracia inmortal. Amén.

CONTEMPLATIO

La festividad de hoy, queridos hermanos, duplica la alegría de la gloria pascual y es como una piedra preciosa que da un nuevo esplendor al oro en el que se incrusta.

Jorge fue trasladado de una milicia a otra, pues dejó su cargo en el ejército cambiándolo por la profesión de la milicia cristiana, y, con la valentía propia de un soldado, repartió primero sus bienes entre los pobres, despreciando el fardo de los bienes del mundo, y así, libre y dispuesto, se puso la coraza de la fe y, cuando el combate se hallaba en todo su fragor, entró en él como un valeroso soldado de Cristo. Esta actitud nos enseña claramente que no se puede pelear por la fe con firmeza y decisión si no se han dejado primero los bienes terrenos.

San Jorge, encendido en el fuego del Espíritu Santo y protegiéndose inexpugnablemente con el estandarte de la cruz, peleó de tal modo con aquel rey inicuo que, al vencer a este delegado de Satanás, venció al príncipe de la iniquidad y dio ánimos a los soldados de Cristo para combatir con valentía.

Junto al mártir estaba el Árbitro invisible y supremo que, según sus designios, permitía a los impíos que le atormentaran. Si es verdad que entregaba su cuerpo en manos de los verdugos, guardaba su alma bajo su cons-

tante protección, escondiéndola en el baluarte inexpugnable de la fe.

Hermanos carísimos: no debemos limitarnos a admirar a este combatiente de la milicia celeste, sino que debemos imitarle.

Que nuestro espíritu se eleve hacia el premio de la gloria celestial, de modo que, centrado nuestro corazón en su contemplación, no nos dejemos doblegar, tanto si el mundo seductor se burla de nosotros como si con sus amenazas quiere atemorizarnos.

Purifiquémonos, pues, de cualquier impureza de cuerpo o espíritu, siguiendo el mandato de Pablo, para poder entrar al fin en ese templo de la bienaventuranza al que se dirige ahora nuestra intención.

El que dentro de este templo que es la Iglesia quiere ofrecerse a Dios en sacrificio necesita, una vez que haya sido purificado por el bautismo, revestirse luego de las diversas virtudes, como está escrito: Que tus sacerdotes se vistan de justicia; en efecto, quien renace en Cristo como hombre nuevo por el bautismo no debe volver a ponerse la mortaja del hombre viejo, sino la vestidura del hombre nuevo, viviendo con una conducta renovada.

Así es como, limpios de las manchas del antiguo pecado y resplandecientes por el brillo de la nueva conducta, celebramos dignamente el misterio pascual e imitamos realmente el ejemplo de los santos mártires (Pedro Damiani, «Sermón 3 sobre san Jorge», en *Patrística latina*, 144, cols. 567-571).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Dichoso el hombre que aguanta en la prueba»
(Sant 1,12).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Puesto que todo hombre ha recibido una llamada, o sea, que Dios tiene un proyecto para cada hombre, es necesario pensar que el mundo está lleno de signos, llamadas, invitaciones susurradas por Dios en nuestro sueño, y lleno también de provisos, tal vez profetas inconscientes destinados a hacernos comprender los signos. Si esto es verdad (¿y cómo podría no serlo?), se comprende cuán errado sería creer que nuestra vocación depende de una serie de hechos o actos «religiosos» que se desarrollan dentro de una zona «religiosa» de la vida, y que fuera de ahí sólo está el uniforme e inmenso páramo de la moralidad convencional, donde Dios no se aventura y del que se ocupará, a lo sumo, en el día del juicio. Sin embargo, es precisamente «en el pueblo», como dice Bonhoeffer, y con el dialecto del pueblo como él nos sale al encuentro, y tal vez sea un hombre del pueblo (y ni siquiera el mejor) el que nos lo indique. Y entonces, inesperada aunque deseada, resuena para nosotros la Palabra de Dios en el dialecto familiar del pueblo, y a uno le dice: «*Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre*» (Gn 4,7), a otro dice: «*Hoy debo detenerme en tu casa*» (Lc 19,5), y a otro aún: «*Dame de beber*» (Jn 4,7) o «*¿Por qué lloras?*» (Jn 20,15). Escucharla es una aventura, a veces grande, a veces mínima, pero nunca es menos grande que la aventura de Samuel en el santuario o de Moisés en la zarza ardiente (P. de Benedetti, *La chiamata di Samuel*, Brescia 1976, pp. 60-63, *passim*).

San Marcos

25 de abril

Marcos era hijo de María de Jerusalén, en cuya casa se refugió Pedro cuando fue liberado de la cárcel (Hch 12,12). Colaboró con Pablo en su obra apostólica (Col 4,10) y también estuvo cerca de él en la cárcel de Roma (Flm 24). Según la tradición, Marcos fue un discípulo fiel de Pedro (1 Pe 5,13) y escribió el segundo evangelio, recogiendo la predicación del apóstol Pedro sobre los dichos y los hechos de Jesús. Su evangelio es reconocido, por lo general, como el más antiguo, y fue utilizado y completado por Mateo y Lucas. Al parecer, la predicación apostólica atestiguada por los grandes discursos de la primera parte de los Hechos de los apóstoles encuentra en el evangelio de Marcos –a partir de Mc 1,15– una continuación y sugestivos desarrollos narrativos.

LECTIO

Primera lectura: 1 Pedro 5,5b-14

Queridos hermanos: ⁵ Sed humildes en vuestras relaciones mutuas, pues *Dios resiste a los soberbios, pero concede su favor a los humildes*. ⁶ Así pues, humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que os encumbre en su momento. ⁷ Confíadle todas vuestras preocupaciones, puesto que él se preocupa de vosotros.

⁸ Vivid con sobriedad y estad alerta. El diablo, vuestro enemigo, ronda como león rugiente buscando a quien devorar. ⁹ Enfrentaos a él con la firmeza de la fe, sabiendo que vuestros hermanos dispersos por el mundo soportan los mismos sufrimientos.

¹⁰ Y el Dios de toda gracia, que os ha llamado a su eterna gloria en Cristo, después de un corto sufrimiento os restablecerá, os fortalecerá, os robustecerá y os consolidará. ¹¹ Suyo es el poder por siempre. Amén.

¹² Por medio de Silvano, hermano de vuestra confianza, según tengo entendido, os he escrito brevemente para exhortaros y aseguraros que ésta es la verdadera gracia de Dios. Permaneced firmes en ella.

¹³ Os saluda la iglesia de Babilonia, a la que Dios ha elegido lo mismo que a la vuestra; os saluda también Marcos, mi hijo. ¹⁴ Saludaos mutuamente con el beso de amor fraternal. Paz a todos vosotros, los que vivís unidos en Cristo.

➔ El apóstol Pedro llama a Marcos en este fragmento «*mi hijo*» (v. 13): a partir de esta preciosa noticia, la tradición ha considerado que Marcos había recogido en su evangelio la predicación del primero de los apóstoles, cuyas exhortaciones están dirigidas a los que ejercen responsabilidades de guías y maestros en la Iglesia.

Un auténtico pastor, en primer lugar, debe estar revestido de *humildad*, consciente de que no posee nada como propio, sino que todo lo ha recibido de Dios. Humildad es verdad: esto vale para todo auténtico creyente y, con mayor razón, para quien está revestido de autoridad. Quien haya sabido vivir en la humildad, recibirá a su tiempo el reconocimiento por parte de ese Dios que «*resiste a los soberbios, pero concede su favor a los humildes*» (v. 5; cf. Prov 3,34).

Además de humildes, los pastores deben ser también *sobrios y estar alerta*. Se repiten aquí las recomendaciones que Jesús había dirigido a sus discípulos en el discurso escatológico (cf. Mc 13,1ss). La sobriedad y la vigilancia son buenas hermanas: ambas, juntas, pueden

oponer una firme y segura resistencia –la resistencia de la fe– al enemigo número uno: el diablo, representado aquí con el aspecto de un león rugiente y devorador. A los pastores humildes y fieles, sobrios y vigilantes, el apóstol Pedro les dirige la *promesa*: el Dios que les ha llamado a la vida nueva en Cristo, tras un breve sufrimiento, les confirmará en la gracia y les coronará de gloria (v. 10).

Evangelio: Marcos 16,15-20

En aquel tiempo, apareciéndose a los Once, ¹⁵ les dijo:

–Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda criatura. ¹⁶ El que crea y se bautice se salvará, pero el que no crea se condenará. ¹⁷ A los que crean les acompañarán estas señales: expulsarán demonios en mi nombre, hablarán en lenguas nuevas, ¹⁸ agarrarán serpientes con las manos y, aunque beban veneno, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos y éstos se curarán.

¹⁹ Después de hablarles, el Señor Jesús fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios.

²⁰ Ellos salieron a predicar por todas partes y el Señor cooperaba con ellos, confirmando la palabra con las señales que la acompañaban.

➔ En la fiesta de san Marcos, la Iglesia nos propone para nuestra reflexión la última página del evangelio de Marcos, el llamado «final canónico» del segundo evangelio: no es auténtico, en el sentido de que no pertenece al evangelio originario, pero es inspirado, porque ha sido recibido por la Iglesia desde la antigüedad.

Encontramos, en primer lugar, el *mandato misionero*: Jesús envía a sus discípulos a llevar el Evangelio a todas las criaturas (vv. 15ss). El misionero del Padre tiene necesidad de otros misioneros; aquel que es la Palabra tiene necesidad de otros portavoces que divulguen su conocimiento; aquel que es el Evangelio hecho persona

confía ahora el Evangelio a sus apóstoles: «*Id... Proclamad*».

El segundo elemento que encontramos en esta página evangélica describe, también en términos telegráficos, el hecho prodigioso de la *ascensión* de Jesús al cielo: «*Y se sentó a la diestra de Dios*» (v. 19). Una vez subido al cielo, Jesús entra en plena posesión de sus poderes de Mesías, Salvador, Dios.

He aquí, por último, la respuesta de los apóstoles a los mandatos que les ha dado Jesús: «*Ellos salieron a predicar por todas partes*» (v. 20). Se trata de una reacción no verbal, sino práctica; no abstracta, sino concreta, que se traduce en una decisión tan fuerte que da la vuelta por completo a la vida de los apóstoles e implica a muchas de las personas que les escuchan.

MEDITATIO

La figura del evangelista Marcos, cuya fiesta litúrgica celebramos hoy, nos invita a profundizar en el significado del término «evangelio», con el que el evangelista comienza su obra. Se trata de una profundización no puramente escolar o académica, sino existencial y vital. *El Evangelio es de Dios* (cf. Mc 1,14): contiene y expresa todo el proyecto salvífico que el Padre quiere realizar por medio de su Hijo en favor de toda la humanidad. Es del corazón de Dios de donde brota esta «Buena Noticia» capaz de colmar de alegría todos los corazones humanos disponibles al don de la salvación. *El Evangelio es de Jesucristo* (cf. Mc 1,1), teniendo en cuenta que este genitivo puede y deber ser entendido así: el Evangelio que es Jesucristo, Hijo de Dios. Es como decir que la «Buena Noticia» tiene como objeto único y exclusivo la persona, la enseñanza y el ministerio de Jesús, único Mesías y verdadero Hijo de Dios. Ahora bien, según

Marcos, el Evangelio es también memorial de todo lo que acompañó al acontecimiento terreno de Jesús: por ejemplo, el gesto gratuito y sorprendente de la pecadora que, la víspera de la pasión y muerte de Jesús, bañó, perfumó y besó los pies del Salvador: *«Os aseguro que en cualquier parte del mundo donde se anuncie la Buena Noticia será recordada esta mujer y lo que ha hecho»* (Mc 14,9). En suma, de todo esto se deduce que, para Marcos, el Evangelio es todo, todo es Evangelio.

ORATIO

Abre, oh Señor, mis oídos para que se llenen del tesoro de tu Evangelio: sólo así mi vida, iluminada y confortada por tu Palabra, tendrá un significado pleno y duradero. Abre, oh Señor, mi corazón, a fin de que aprenda a acoger al Verbo de la verdad que está encerrado en tu Evangelio: sólo así me sentiré totalmente saciado, porque estaré colmado por completo de tu don. Abre, oh Señor, mi boca, a fin de que, de la abundancia del corazón, acoja tu mensaje y lo proclame para tu gloria y para el bien de los hermanos. Abre, oh Señor, mi vida al encuentro contigo, que me sales al encuentro día tras día con la Palabra de la verdad que tu Evangelio encierra y entrega.

CONTEMPLATIO

Soy todavía imperfecto, pero vuestra oración en Dios me perfeccionará para alcanzar, misericordiosamente, la herencia, refugiándome en el Evangelio como en la carne de Jesús, y en los apóstoles como en el presbiterio de la Iglesia. Amemos a los profetas, porque también ellos anuncian el Evangelio [...]. Han recibido el testimonio de Jesucristo y han sido incluidos en el evangelio de

la esperanza común [...]. El Evangelio tiene algo más especial, la venida del Salvador, nuestro Señor Jesucristo, su pasión y su resurrección. Los bienamados profetas la preanunciaron, pero el evangelio es la consumación de la incorruptibilidad (Ignacio de Antioquía, «Ai Filadelfiesi», en *I padre apostolici*, Roma ²1998, pp. 129-131 [edición española: *Padres apostólicos*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1993]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy estas palabras del evangelista Marcos:

«Se ha cumplido el plazo y está llegando el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Marcos refleja a la perfección el estadio inicial de la cristología de la Iglesia primitiva, de la que nunca se podrá prescindir para comprender, por comparación, los desarrollos ulteriores de la reflexión teológica. Aunque el redactor no ha expresado con claridad y de manera orgánica su pensamiento, ha conseguido concentrar nuestra atención en la figura del siervo de YHWH, que nos redime a través del dolor y de la soledad. Su preocupación por eliminar el escándalo de la cruz es evidente, para lo cual demuestra que Jesús ha vencido a Satanás. En su debilidad actuaba la omnipotencia divina para la restauración del Reino y la derrota decisiva del poder diabólico sobre la humanidad [...].

Marcos traza la imagen de Jesús más próxima a su realidad humana. Mientras que los otros evangelistas, aun afirmando de manera categórica que Jesús fue un verdadero hombre, casi transfiguran su vida, compenetrando con la luz pascual su humanidad envuelta de miseria y fragilidad, Marcos, en cambio, reproduce de modo verista la experiencia de Cristo que tuvieron los apóstoles, y en particular Pedro, durante su actividad públi-

ca antes de su glorificación a la derecha del Padre. En consecuencia, no se preocupa por atenuar las manifestaciones de su sensibilidad, que revelan sus rasgos profundamente humanos. Sólo Marcos habla de la cólera, de la amargura, del estupor de Jesús, el cual, por otra parte, dirige preguntas a los discípulos, gime y suspira, abraza con ternura a los niños y ama al joven rico aun cuando éste no corresponda a su invitación de seguirle en la renuncia. Pero no se piense que, con esto, ha subestimado la dignidad trascendente y divina de Cristo. Al contrario, ha puesto este título a su libro: *Evangelio de Jesús, Mesías, Hijo de Dios*. Aunque Marcos no elabore una profunda cristología intentando sondear el misterio divino y humano de Jesús, nos documenta, no obstante, mejor que los otros evangelistas y con una probidad escrupulosa sobre la desconcertante realidad de la expoliación del Hijo de Dios, que se encarnó para llevar a cabo la salvación mediante el sufrimiento y la muerte (A. Poppi, *Commento a Marco*, Padua 1978).

San Isidoro de Sevilla

26 de abril

Los padres de Isidoro, huyendo de Justiniano y de los invasores bizantinos, después de abandonar sus posesiones de Cartagena, llegaron a Sevilla, hacia la mitad del siglo VI. En esta ciudad y hacia el año 556, nació el hijo menor del matrimonio, Isidoro, que había de ser el hombre más docto de su tiempo. Fueron hermanos suyos otros tres santos: Leandro, Florentina y Fulgencio.

Bajo la dirección espiritual y el mecenazgo de Leandro, Isidoro se educó desde su infancia en el monasterio que aquél había fundado y del cual era abad.

Muy joven aún, se consagra Isidoro totalmente al Señor, lleno de santo entusiasmo, y recibe de manos de su propio hermano y obispo el hábito monacal, entregándose enseguida al estudio de todas las ciencias y resultando un lector infatigable de prodigiosa memoria.

Cuando estalla la última lucha entre el arrianismo y el catolicismo, al apoyar el rey Leovigildo la herejía y ser desterrado por éste el obispo Leandro, Isidoro empieza a distinguirse como defensor de la fe, por lo que pronto se le persigue y amenaza.

Muerto el rey (586), y decidida la victoria del catolicismo, al abjurar Recaredo de la herejía, regresan a Sevilla los dos hermanos: Leandro como obispo, e Isidoro, apenas cumplidos 30 años, para encargarse, por delegación de aquél, de la dirección del monasterio, como abad sucesor. A los 40 años sucede a su hermano en la sede episcopal de Sevilla.

Cumplidos los 80 años, Isidoro aún predicaba a su pueblo y aconsejaba a sus fieles, con amor y humildad, pero, agotado de tantos y tan continuados trabajos y esfuerzos, sucumbe a una maligna enfermedad y muere el día 4 de abril del año 636.

LECTIO

Primera Lectura: Eclesiástico 39,6-10

⁶ Si el Altísimo lo quiere,
lo llenará de espíritu de inteligencia,
le hará derramar sabias palabras
y en la oración dará gracias al Señor.

⁷ Dedicará su consejo y su ciencia
a meditar los misterios ocultos.

⁸ Hará brillar la instrucción que ha recibido
y su orgullo será la Ley de la alianza del Señor.

⁹ Muchos elogiarán su inteligencia
y nunca lo olvidarán.
No se borrará su memoria,
su nombre vivirá por generaciones.

¹⁰ Las naciones hablarán de su sabiduría
y la asamblea proclamará su alabanza

➔ Este texto bíblico puede aplicarse perfectamente a Isidoro. Los dones del Espíritu son, ante todo y sobre todo, la riqueza del alma de Cristo. A nadie puede darse el Espíritu Santo como al alma de Cristo, por la unión íntima del alma de Cristo con el Verbo, del cual procede. De ahí que la expresión llenarse «*de espíritu de inteligencia*» tenga una inmediata relación con la visión de Dios, que es el fin total de la vida cristiana, y con la fe, que es el fundamento de la misma. La penetración íntima, profunda e intuitiva de la verdad de fe es el centro hacia el cual la acción del Espíritu Santo mueve la mente, la voluntad y las fuerzas operativas del hombre.

Evangelio: Mateo 23,8-12

⁸ Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. ⁹ Ni llaméis a nadie padre vuestro en la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre: el del cielo. ¹⁰ Ni os dejéis llamar preceptores, porque uno sólo es vuestro preceptor: el Mesías. ¹¹ El mayor de vosotros será el que sirva a los demás. ¹² Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

➔ Hay una razón profunda para saber si la humildad agrada a Dios y a los hombres. El humilde es persona verdadera, auténtica; vive en la realidad, no en la ilusión. Es una persona sobria, que sabe valorar objetivamente las cosas y no está ofuscada por los humos de la exaltación.

La palabra «humildad» está emparentada con «hombre», y las dos proceden de *humus*, esto es, «suelo». Humilde es el que está en lo bajo, cercano al suelo; pero, precisamente por esto, difícilmente se consigue hacerle perder el equilibrio. Tiene los pies sobre la tierra, está plantado sobre la sólida roca de la verdad. Por lo tanto, humano es ser humilde.

MEDITATIO

Toda reflexión sobre la humildad tiene que subrayar su especificidad cristiana, esto es, tiene que hundir sus raíces en la persona de Jesús, misterio y recapitulación de la revelación de Dios.

Solemos llamar humildes a las personas de mezquina condición social, los insignificantes. Sólo en el latín eclesiástico toma este término un significado moral y religioso, resumiendo en sí mismo términos y conceptos bíblicos...

En el Antiguo Testamento, *ani* y *anaw* –ordinariamente en plural, *anawim*– derivan de la raíz hebrea *anah* («estar doblado, apretado»). Su significado original es el de hombre pobre, en la miseria, oprimido, y remite a la categoría de personas a las que protegen las leyes de la alianza (Ex 22,24; Lv 19,10; Dt 24,12) y cuya opresión denuncian tanto los profetas (Is 3,14ss; Am 8,41) como la literatura sapiencial (Job 24,49).

Con la primera predicación profética se añade al término una connotación religiosa: el valor del que se pone libremente en el estado de «*ani*» frente a Dios (Am 2,7; Sof 2,31). La predilección de Yahveh por sus pobres (Is 10,2; Sal 86,lss) se conjuga con su predilección por los humildes (Sal 34,19; 2 Cr 12,71); a ellos les da su gracia (Prov 3,34; Sal 25,9; Eclo 3,20) y su sabiduría (Prov 11,21).

Probablemente, Jesús dijo: «Yo soy *anwana*» al afirmar que es el «pobre de Yahveh», es decir, «manso y humilde de corazón». Jesús subraya la presencia escatológica del Reino en su misma persona. Tenemos aquí en síntesis toda la enseñanza y el comportamiento existencial de Jesús: la humildad con el Padre y la humildad con los hombres.

María fue la primera en asimilar la novedad evangélica de la humildad (Lc 1,38) y, como verdadera «pobre de Yahveh» (Lc 1,48), se puso en seguimiento del Hijo hasta la cruz (Jn 19,25). Ella es la primera entre los «pobres de espíritu» que Jesús proclama bienaventurados... (Y. Mauro, «Humildad», en *Diccionario teológico digital*).

ORATIO

Señor, Dios todopoderoso, tú que elegiste a san Isidoro, obispo y doctor de la Iglesia, para que fuese testi-

monio y fuente del humano saber, concédenos, por su intercesión, una búsqueda atenta y una aceptación generosa de tu eterna verdad.

CONTEMPLATIO

Tres facetas principales pueden considerarse en la vida de nuestro santo:

1. Padre y forjador de monjes

Al hacerse cargo de la dirección monacal, observó que, para «vida de perfección» monástica, era preciso instituir un código de leyes que regulara la vida en comunidad, los derechos y deberes de superiores y súbditos, señalando los elementos fundamentales de la vida conventual, resumidos así por Isidoro: «La renuncia completa de sí mismo, la estabilidad en el monasterio o perseverancia, la pobreza, la oración litúrgica, la lección y el trabajo».

2. Doctor universal y escritor fecundo

Aparte de su alta dirección espiritual en la formación y santidad de sus monjes, él siempre delante con el más sublime ejemplo, es también modelo de ellos en el trabajo intelectual, de una actividad y fecundidad asombrosas, hasta en el supuesto de que pudiéramos considerarlo trasladado a nuestra época.

3. Obispo de Sevilla y padre de obispos

En el año 600 sucede a su hermano Leandro en la sede hispalense, al igual que antes le sucediera en el gobierno monástico, pero también, como entonces, elevando y superando la actividad y perfección en el cargo.

«¡Ay, pobre de mí –exclama en el tercer libro de las *Sentencias*–, pues me veo atado por muchos lazos que es imposible romper! Si continuó al frente del gobierno eclesiástico, el recuerdo de mis pecados me aterra, y si

me retiro de los negocios mundanos, tiemblo más todavía pensando en el crimen del que abandona la grey de Cristo.»

Estas palabras son el más claro testimonio de la intensa y mística vida espiritual que aquel sin par sabio y sabio gobernante llevaba.

ACTIO

Repita con frecuencia durante el día la frase:

«El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Mt 23,12).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Es preciso que el obispo sobresalga en el conocimiento de las sagradas Escrituras, porque, si solamente puede presentar una vida santa, para sí exclusivamente aprovecha, pero, si es eminente en ciencia y pedagogía, podrá enseñar a los demás y refutar a los contestatarios, quienes, si no se les va a la mano y se les desenmascara, fácilmente seducen a los incautos.

El lenguaje del obispo debe ser limpio, sencillo, abierto, lleno de gravedad y corrección, dulce y suave. Su principal deber es estudiar la santa Biblia, repasar los cánones, seguir el ejemplo de los santos, moderarse en el sueño, comer poco y orar mucho, mantener la paz con los hermanos, a nadie tener en menos, no condenar a ninguno si no estuviere convicto, no excomulgar sino a los incorregibles.

Sobresalga tanto en la humildad como en la autoridad, para que ni por apocamiento queden sin corregir los desmanes, ni por exceso de autoridad atemorice a los súbditos. Esfuércese en abundar en la caridad, sin la cual toda virtud es nada. Ocúpese con particular diligencia del cuidado de los pobres, alimente a los hambrientos, vista al desnudo, acoja al peregrino, redima al cautivo, sea amparo de viudas y huérfanos.

Debe dar tales pruebas de hospitalidad que a todo el mundo abra sus puertas con caridad y benignidad. Si todo fiel cristiano debe procurar que Cristo le diga: «*Fui forastero y me hospedasteis*», cuánto más el obispo, cuya residencia es la casa de todos. Un seglar cumple con el deber de hospitalidad abriendo su casa a algún que otro peregrino; el obispo, si no tiene su puerta abierta a todo el que llegue, es un hombre sin corazón» (del *tratado* de san Isidoro, obispo, *sobre los oficios eclesiásticos*, caps. 5, 1-2: *Patrología latina* 83, 785).

Santa Catalina de Siena

29 de abril

Santa Catalina de Siena fue canonizada por Pío II en el año 1461 y proclamada patrona de Italia, junto con san Francisco, por Pío XII en 1939. Pablo VI la declaró doctora de la Iglesia en 1970, y Juan Pablo II, copatrona de Europa en 1999.

Su vida duró sólo treinta y tres años: en 1347 nació en Siena y en 1380 murió en Roma. A los seis años tuvo la primera visión, a los siete hizo el voto de virginidad y a los dieciséis tuvo lugar su consagración en la tercera orden de santo Domingo. La vemos como *misionera de la redención*, capaz de componer bandos opuestos, de emprender largos viajes, de atraer ejércitos de discípulos, de escribir a una multitud de personas de Italia y de Europa, de hacer volver al papa a Roma, de defender el pontificado en el gran cisma de Occidente, de adentrarse en los asuntos sagrados y políticos de la Iglesia de su tiempo, de ingeniárselas para la mejora de las costumbres y para la asistencia a enfermos y presos.

LECTIO

Primera lectura: 1 Juan 1,5–2,2

Queridos: ^{1,5} Éste es el mensaje que le oímos y os anunciamos: Dios es luz y no hay en él tiniebla alguna. ⁶ Si decimos

que estamos en comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad. ⁷ Pero si caminamos en la luz como él, que está en la luz, estamos en comunión unos con otros y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado.

⁸ Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. ⁹ Si reconocemos nuestros pecados, Dios, que es justo y fiel, perdonará nuestros pecados y nos purificará de toda iniquidad. ¹⁰ Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos mentiroso y su Palabra no está en nosotros.

^{2,1} Hijos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre un abogado, Jesucristo, el Justo. ² Él ha muerto por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino por los del mundo entero.

➔ Juan aborda la realidad de luz de Dios con un estilo y una opción humana de vida: «caminar en la luz». Decir que Dios es luz no significa afirmar que nosotros le veamos: «Nadie puede ver sus propios ojos, porque ve precisamente a través de ellos, y Dios es la luz mediante la cual nos vemos: vemos no un “objeto” claramente perfilado llamado Dios, sino cualquier otra cosa en el Uno invisible» (Thomas Merton). Dios es luz en el sentido de que nos ilumina a nosotros, de que nos da esa claridad que necesitamos para discernir su designio sobre nosotros y para encontrar el camino que nos conduce a través de nuestra historia cotidiana.

A continuación, Juan especifica en qué consiste «caminar en la luz»: consiste en practicar la verdad, en estar en comunión con los otros, en dejarse purificar por la sangre de Cristo. La práctica de la verdad es, a su vez, el presupuesto para vivir la comunión fraterna, prueba de la verdadera comunión con Dios.

Ambas comuniones, la horizontal y la vertical, se cruzan: una se convierte en verificación de la autenticidad de la otra. Ambas se mantienen o caen juntas. Por último, premisa y consecuencia, al mismo tiempo, del ca-

minar por la vía de la luz y de la verdad es la actitud frente a nuestra propia condición de pecadores, necesitados de la salvación, que sólo puede venir de la sangre de Cristo.

Evangelio: Mateo 25,1-13

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola:
¹ Sucede con el Reino de los Cielos lo que con aquellas diez jóvenes que salieron con sus lámparas al encuentro del esposo.
² Cinco de ellas eran necias y cinco sensatas. ³ Las necias, al tomar las lámparas, no se proveyeron de aceite, ⁴ mientras que las sensatas llevaron aceite en las alcuzas, junto con las lámparas. ⁵ Como el esposo tardaba, les entró sueño y se durmieron. ⁶ A medianoche se oyó un grito: «Ya está ahí el esposo, salid a su encuentro». ⁷ Todas las jóvenes se despertaron y prepararon sus lámparas. ⁸ Las necias dijeron a las sensatas: «Dadnos de vuestro aceite, que nuestras lámparas se apagan». ⁹ Las sensatas respondieron: «Como no vamos a tener bastante para nosotras y vosotras, será mejor que vayáis a los vendedores y os lo compréis». ¹⁰ Mientras iban a comprarlo, vino el esposo. Las que estaban preparadas entraron con él a la boda y se cerró la puerta. ¹¹ Más tarde llegaron también las otras jóvenes diciendo: «Señor, señor, ábrenos». ¹² Pero él respondió: «Os aseguro que no os conozco». ¹³ Así pues, vigilad, porque no sabéis el día ni la hora.

➡ La lectura de la parábola nos inserta en un itinerario dinámico, en un movimiento hacia un acontecimiento culminante: el encuentro de las vírgenes con el esposo, una cita cierta en su realización, decisiva para la felicidad o la infelicidad definitiva del hombre, irrevocable. El único dato desconocido es el «cuándo», mientras que el único dato confiado al hombre es el «cómo» prepararlo, es decir, *el estilo de la espera*. En efecto, el propósito principal de la parábola consiste no tanto en anunciar como en ayudar a preparar este encuentro.

Todas las vírgenes, tanto las necias como las sensatas, se durmieron. La vida del hombre pasa, inevitablemente, por momentos de flexión, de bajada del fervor, de relajación espiritual; cuando el Señor está lejos, siempre es de noche y es fácil que las pruebas, los sufrimientos, las preocupaciones, nos disuadan de la espera. Ahora bien, la vela es, antes que un estado físico, antes que un estar despiertos al pie de la letra, un estado del corazón. Nos lo recuerda la esposa del Cantar de los Cantares (5,2): «*Yo duermo, pero mi corazón vela*».

Jesús nos recomienda, a través de la parábola, que nos proveamos de una buena reserva de aceite, es decir, que volvamos continuamente al evangelio, que alimentemos de Evangelio nuestro pensamiento, nuestro sentir, nuestro obrar; que vivamos el Evangelio y perseveremos en la fe. Este aceite es una realidad completamente personal, incomunicable; no se puede prestar y no existe el remedio de improvisar en el último momento. Lo único que ocurrirá entonces es ser reconocidos o no reconocidos por el Señor.

MEDITATIO

La Palabra de Dios nos invita a detenernos con la mente y con el corazón en el tema de la vida como un caminar incesante al encuentro con Cristo, andando por el sendero de la luz y de la verdad, con corazón humilde, vigilante y confiado. Hoy es la fiesta de santa Catalina de Siena, y nos viene de manera espontánea «volver a escuchar» de ella, de toda la tensión de su vida, la Palabra de esta liturgia.

La vigilancia de santa Catalina nació de un corazón enamorado e iluminado, totalmente inclinado a la persona de Cristo. Esta tensión y atención proporcionan una mirada interior (como la descrita en Sab 7,22ss) capaz

de leer e intervenir en el hoy de la historia bajo la guía de la Palabra de Dios. ¿Acaso no era así la sabia mirada de santa Catalina? Así reconocemos también en ella la obra de la vigilancia que nos hace resistentes y responsables, o sea, capaces de combatir contra las seducciones del mundo y solícitos en el ocuparnos de los otros. La vigilancia, además, nos hace anclar nuestra propia fe en Cristo muerto y resucitado y, precisamente por eso, nos hace capaces de recibir e irradiar la luz.

Hoy nos complace detenernos ante santa Catalina, reconocer en ella a aquella «hija de la luz» de la que nos habla la Escritura y dejarnos irradiar por aquella luz suya a fin de que «*al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos*» (Mt 5,16). Nos complace mirarla en su incansable ir al encuentro de la Iglesia y de Cristo, para dejarnos atrapar en este movimiento suyo. Al mirarla, parece repetirnos ella misma, casi como una invitación y una consigna, las palabras de la liturgia: «*¡Salgámosle al encuentro!... ¡Vigilemos!*».

ORATIO

¡Oh Deidad eterna, oh eterna Trinidad, que por la unión de la naturaleza divina diste tanto valor a la sangre de tu Hijo unigénito! Tú, Trinidad eterna, eres como un mar profundo en el que cuanto más busco, más encuentro, y cuanto más encuentro, más te busco. Tú sacias al alma de una manera en cierto modo insaciable, pues en tu insondable profundidad sacias al alma de tal forma que siempre queda hambrienta y sedienta de ti, Trinidad eterna, con el deseo ansioso de verte a ti, la luz, en tu misma luz.

Con la luz de la inteligencia gusté y vi en tu luz tu abismo, eterna Trinidad, y la hermosura de tu criatura, pues, revistiéndome yo misma de ti, vi que sería imagen

tuya, ya que tú, Padre eterno, me haces partícipe de tu poder y de tu sabiduría, sabiduría que es propia de tu Hijo unigénito. Y el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, me ha dado la voluntad que me hace capaz para el amor.

Tú, Trinidad eterna, eres el Hacedor y yo la hechura, por lo que, iluminada por ti, conocí, en la recreación que de mí hiciste por medio de la sangre de tu Hijo unigénito, que estás amoroso de la belleza de tu hechura.

¡Oh abismo, oh Trinidad eterna, oh Deidad, oh mar profundo!: ¿podías darme algo máspreciado que tú mismo? Tú eres el fuego que siempre arde sin consumir; tú eres el que consumes con tu calor los amores egoístas del alma. Tú eres también el fuego que disipa toda frialdad; tú iluminas las mentes con tu luz, en la que me has hecho conocer tu verdad.

En el espejo de esta luz te conozco a ti, bien sumo, bien sobre todo bien, bien dichoso, bien incomprensible, bien inestimable, belleza sobre toda belleza, sabiduría sobre toda sabiduría, pues tú mismo eres la sabiduría, tú, el pan de los ángeles, que por ardiente amor te has entregado a los hombres.

Tú, el vestido que cubre mi desnudez; tú nos alimentas a nosotros, que estábamos hambrientos, con tu dulzura, tú, que eres la dulzura sin amargor, ¡oh Trinidad eterna! (Catalina de Siena, *Diálogo sobre la divina providencia*, cap. 167).

CONTEMPLATIO

Si quieres ser verdadera esposa de Cristo, te conviene tener la lámpara, el aceite y la luz [...]. Por la lámpara se entiende el corazón, que debe asemejarse a una lámpara. Ves que la lámpara es ancha por arriba y estrecha por abajo: y así está hecho nuestro corazón, para signi-

ficar que debemos tenerlo siempre ancho por arriba, mediante los santos pensamientos, las santas imaginaciones y la oración continua [...]. Así también nuestro corazón debe ser estrecho para estas cosas terrenas, no deseándolas ni amándolas de una manera desordenada, ni apeteciéndolas en mayor cantidad de la que Dios nos quiera dar; pero siempre debemos darle gracias, admirando cómo nos provee suavemente de ellas, de suerte que nunca nos falte nada [...].

Y, sin embargo, haz de modo que la lámpara se mantenga bien derecha; en efecto, cuando la mano del santo temor mantiene la lámpara del corazón derecha y bien llena de aceite, ésta se encuentra bien, pero cuando se encuentra en manos del temor servil, éste le da la vuelta de arriba abajo y la empuja a servir y a amar por el propio deleite y no por amor a Dios. Dándole la vuelta a la lámpara se ahoga la llama y se derrama el aceite, de suerte que el corazón se queda sin el aceite de la verdadera humildad [...]. Pero piensa [...] que no bastaría la lámpara si no tuviera aceite dentro. Y por el aceite se entiende esa dulce pequeña virtud de la profunda humildad. Conviene, en efecto, que la esposa de Cristo sea humilde, mansa y paciente; y será tan humilde como paciente, y tan paciente como humilde. Ahora bien, no podremos llegar a esta virtud de la humildad sin un verdadero conocimiento de nosotros mismos, esto es, conociendo nuestra miseria y nuestra fragilidad [...].

Por último, es necesario que la lámpara esté encendida y arda en ella la llama: de otro modo, no bastaría para hacernos ver. Esta llama es la luz de la santísima fe. Me refiero a la fe viva, porque dicen los santos que la fe sin obras está muerta. Por eso es necesario que nos ejercitemos continuamente en las virtudes, abandonando nuestras niñerías y vanidades...; de este modo, tendremos la lámpara, el aceite y la llama (Catalina de Siena, «Lettere» 23, 79, *passim*, en V. Menconi, *S. Caterina da Siena e i pastori della Chiesa*, Roma 1987, pp. 146-148).

ACTIO

Repíte con frecuencia y ora hoy con santa Catalina:

«*Abierta la puerta, encontrarás al esposo eterno que te acogerá en sí mismo y participarás de su belleza y de su bondad*» (Carta 360).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La parábola [de las vírgenes] nos enseña que no se puede obtener la santidad con ofrendas negativas: no comiendo, no bebiendo, no enriqueciéndose. No es suficiente esto para encontrar en la noche del mundo, en la noche de la historia humana, la Luz eterna, Cristo. Es preciso tener aceite: una caridad a toda prueba hacia todas las personas, en todo momento, con orden, sensatez, pero de manera absoluta. Y éste es el mensaje de Cristo, de la Iglesia, de la revelación, de los santos.

Carísimos, a la cristiandad no le faltan vírgenes con inmensas lámparas sin aceite. La Iglesia, sin embargo, camina con las lámparas de las vírgenes prudentes. En los momentos de tinieblas, de calamidades, de torpor general de la cristiandad y de la humanidad, las vírgenes como santa Catalina de Siena, con su ofrenda, con su sensatez, con su amor trascendente, iluminan también el camino a las otras vírgenes, dándoles ejemplo a fin de que compren el aceite mientras aún es de día [...].

Al meditar sobre santa Catalina, entramos en la realidad más profunda del cristianismo, que incluye tanto la palabra pronunciada como la vida escondida que se ofrece al Señor. El cristianismo implica actos sacramentales exteriores que tienen su valor, incluso cuando son realizados por almas que no tienen el deseo de ver el rostro del Señor, de arrodillarse y de llorar de alegría; pero el verdadero cristianismo es vivido por almas raras como santa Catalina, que amó con todo su ser (P. Theodosios [Maria della Croce], *Le profondità sacre della Parola di Dios*, Roma 1996, pp. 188-191, *passim*).